“Caminante sin rumbo”

Un paso adelante, 6 de septiembre

Me han despedido, así, sin más, sin rodeos. Una sola frase que siempre lo justifica todo: “reducción de plantilla”. ¿Pero, por qué precisamente a mí me han echado? Ni idea... Durante 6 largos años trabajé de sol a sol en una corporación que, para ser sincera, nunca respondió a mis perspectivas laborales. Sin embargo, algo tenía que hacer, a mis treinta años no podía seguir siendo una “ni-ni” por más tiempo, esto fue la única razón que me motivó a buscar un trabajo más o menos digno. ¿Pero, ahora qué hago? Buscarme la vida, eso sí, pero como todavía tengo unos ahorros y desde hace 10 años que no voy de vacaciones, no quiero esperar ni un día más. Total, la vida son dos días. ¡Basta de obligaciones y reglas! ¡Estoy hasta las narices con todo eso! Carpetazo a todo y a empezar una nueva etapa. ¡Vivir al día, ésa es la idea! Aunque...me surgen varias dudas, pero siguiendo el adagio de Horacio me digo *carpe diem* y me compro un billete de ida a Paraguay, que desde siempre he soñado con ir allí. ¿El billete de vuelta? Todavía no lo he pensado, de hecho la vida hay que vivirla según viene y esa será mi filosofía desde ahora. ¡Para qué planificar! ¡En marcha!

Empieza el camino, 8 de septiembre

Ahora, en el avión, tengo bastante tiempo para reflexionar. Pero, con el miedo que tengo a las alturas...es casi imposible pararse a pensar en otra cosa que no sea en el mismo vuelo. ¡Qué alivio, hemos aterrizado! Hace nada me acabo de dar cuenta de que irse a un país extranjero, sin gestionar lo del alojamiento, es una auténtica locura. Pero, qué puedo hacerle, ya es demasiado tarde. Por suerte, me queda todo el día para buscar un lugar donde dormir. Ya, ya, soy un desastre, lo sé muy bien. ¿Coger un taxi? No, los taxistas suelen clavarte en todos los países, eso es una verdad universal. Mejor que me vaya a dedo. Hmm, no es tan fácil como pensaba... Después de una hora y media tan solo ha parado un viejo Mercedes. La gente ya no se fía de nadie, noto la hostilidad y desconfianza en sus miradas. Tampoco les culpo, las noticias nos bombardean con casos tan dramáticos que al final el resultado de todo supongo que es este. Pues bien, como decía, me he montado en un viejo coche, el conductor parece ser un agricultor de unos 70 años, se ve por sus manos que ha sido duramente castigado por el sol y la aridez de estas tierras. “Mba’éichapa?”*, me dice y se pone a reír viendo mi cara de póquer. Antes de que yo lo intente adivinar, el hombre me explica: “Niña, es el guaraní, nuestro idioma tradicional, tranquila”. El hombre resulta ser muy abierto, lo que a mí me sorprende bastante, pues no estoy acostumbrada a este tipo de tratos nada más conocer a alguien. Claro que ya había oído de que la mentalidad por allí era

diferente de la europea, pero no me lo creía demasiado. En solo unos 40 minutos ha llegado a contarme toda su historia, la de sus hijos, primos, nietos y un largo etcétera. Para colmo de todo, me ha invitado a su casa para que descanse un poco y reponga fuerzas. Lo acepto, ya que ha sido una paliza de viaje, y como agradecimiento intento darle un dinerillo. Saco un billete de 10 euros, pero él lo echa al suelo y casi entre gritos me dice: “Coger ese dinero, sería manchar mi honra, perdone, pero no puedo”. Como podéis observar, es un hombre de principios. Entro en su casa, todo está muy ordenado, desde todos los rincones siento como si me mirasen las fotografías de sus familiares, a los cuales, y gracias a lo que me venía contando durante el camino, parece como si los conociera de toda la vida. Se respira un ambiente muy especial, la verdad. Su mujer, una mujer de una radiante amabilidad, insiste en que pruebe el típico plato paraguayo, la chipa. ¡Está riquísimo! Voy a la cama y me siento, pero no puedo dormirme, en mi cabeza dan vuelta tantos pensamientos... ¡Un verdadero desvarío! Ese día lo puedo resumir en una frase que adorna la entrada de esa casa y que me ha inspirado tanto “La buena hospitalidad es sencilla: consiste en un poco de fuego, algo de comida y mucha calma”. Nada más se puede pedir a la vida...

En un lugar de..., 10 de septiembre

¿Permanecer más de un día en el mismo lugar? No, no va conmigo. Ya ha llegado el momento de la despedida, mal que me pese... El hombre me regala una bici, marcada bastante por los años, pero me servirá. Tiene razón, por aquí circula como mucho un autobús al día, la bici parece ser el mejor medio para moverse por estos caminos dejados de la mano de Dios. Estoy a punto de salir, cuando la áspera voz del viejo paraguayo se hace extrañamente melancólica. A lo largo de mi estancia me ha tratado igual que a un familiar más y ahora le resulta difícil dejarme ir, así, sin más. “!Tereiko porâ!”**. Estas simples palabras que lo expresan todo, jamás las voy a olvidar. Es increíble, pienso, con lo poco que hemos trabajado esta amistad y lo mucho que nos echaremos de menos. ¡Ay, con los años me pongo cada vez más sensible! Vale, debo ponerme en marcha ya mismo, porque si demoro más esta despedida no me dará tiempo a llegar al lago, que son 15 kilómetros de camino. ¡Uff, la mochila es una pesadilla y el calor que hace, ni se puede respirar! Veo que no estoy en buena forma, antes de hacer este viaje tenía que haber entrenado un poco, pero qué le vamos a hacer.... ¡Quién hubiera calculado la longitud del recorrido! Por lo que ponen las señales durará unas dos horas y pico, pero supongo que en mi caso van a ser por lo menos seis, y con todo lo que me ha dado de comer este señor estos días... ¡A ver si llego! ¡Creedme o no, pero estoy hecha polvo! A lo lejos veo a una personita. ¡Oh, qué bien, no estoy sola! Un chiquillo de unos 8 años se para, pero tiene cara de susto. Claro, lo entiendo, cruzarse con una europea al pie de una pequeña aldea, de cuyo nombre no me acuerdo, tiene que provocar una verdadera conmoción. Sus ojos se ponen como platos pero al acercarme el niño sonrío, me saluda amablemente y se pone

a contarme la historia del lago y del misterio que guarda. Según él, nadie conoce el fondo del lago, llamado también “El Ojo del Mar” y hay algunos que no volvieron de allí, como si hubieran desaparecido para siempre. ¿Os suena a una fantasía del niño? Así es, pero como el chico está tan emocionado, yo hago un buen esfuerzo para no soltar una carcajada. ¡Los niños y su imaginación!

Una historia misteriosa, 11 de septiembre

La belleza del lago es increíble y sobrepasa mis mayores expectativas. El agua tiene un matiz verdoso, a lo lejos se oye el rugir de una cascada. ¡Ese ruido del agua, cuánto tiempo hace que lo esperaba! Esa profunda paz que me da calma y hace que cualquier problema caiga en el olvido. ¿El dinero? ¿La carrera? ¡Ya no me sirven para nada! Aunque hasta estos momentos fueron mis mayores deseos en la vida. Ahora veo todo tan lejano...como si me hubiera convertido en otra persona. En menos de una hora va a oscurecer, así pues me dirijo a un pueblecito cercano, a ver si alguien me acoge en su casa, ya que me he quedado sin un duro, la cartera debió de caerse mientras iba en la bici. Lo único que puedo hacer es contar con la buena voluntad humana, que por aquí suele ser algo natural. Ya he llegado y en cuestión de segundos aparece una mujer diciéndome amablemente: “Entra, entra, que el aire ya se hace fresco”. Otra vez me quedo boquiabierto, a la mujer no le interesa ningún detalle, ni mi nombre ni mi origen y sin conocerme, me señala la puerta de su casa diciéndome “¡Tenondépe, mitãkuña!”***. Me sirve una copa de yerba mate y me cuenta una famosa leyenda paraguaya. Noto que se la toma muy en serio y antes de empezar me dice: “Recuerda, un pueblo sin tradición es un pueblo sin porvenir” y sigue contándomela. Érase una chica, llamada Ka’a que cuidaba sola de su padre enfermo y para sobrevivir incluso tuvo que aprender a cazar. Una vez, en su casa apareció un peregrino, agotado por la dureza del camino. La niña le hospedó lo mejor que pudo y él se lo recompensó. Resultó que el hombre era el dios Tupã, el cual, y como recompensa al buen gesto de amabilidad, hizo brotar en su jardín una nueva planta que hoy en día la conocemos con el nombre de yerba mate. La mujer para por un rato: “Imagínate que a mí me ha curado de un dolor agudo ¡Sin que me lo haya mirado el médico! Increíble, ¿a que sí? Claro, cada leyenda tiene algo de verdad...

Alcanzar nuestro destino, 13 de septiembre

Ay, esta semana ha pasado volando. Pero, como dice el clásico, “Lo bueno, si breve, dos veces bueno” y en este caso yo estoy totalmente de acuerdo. Este viaje me enseñó a apreciar otras más cosas que las puramente materiales y establecidas por el ser humano, como el dinero, los estudios, la familia, etc., y pensar que he tenido que

esperar casi 40 años para llegar a esta conclusión... No obstante, más vale tarde que nunca...

* ¿Qué tal?; ¿Cómo estás?

** ¡Adiós!

*** ¡Adelante, niña!